

DOCUMENTO

EUROASIATISMO: NOSOTROS Y LOS OTROS

NICOLAI SERGUEEVICH TRUBETSKOY*

(Traducción del ruso:
Mijaíl Málishev y Manola Sepúlveda Garza)

CADA PUEBLO NO LATINOGERMÁNICO tiene el deber de protegerse de su propio egocentrismo, preservarse del engaño de creerse “civilización omnihumana” y de la aspiración de convertirse a toda costa en un “verdadero europeo”. Este deber puede formularse en dos aforismos: “conócete a ti mismo” y “sé tú mismo”. La lucha contra el egocentrismo es posible sólo en un proceso de autoconocimiento, que señala al hombre (o al pueblo) su justo lugar en el mundo, le muestra que no es el centro del Universo ni el “ombligo del mundo” y también le conduce al entendimiento de su esencia (y la de los pueblos) y le aclara que ni él como sujeto cognocente ni ningún otro es

* El príncipe Nicolai Sergueevich Trubetskoy (1890-1938), lingüista y pensador ruso, ejerció un gran papel en el desarrollo del movimiento euroasiático.

Trubetskoy perteneció a una familia de la élite intelectual. Su padre, Serguei Nicolaevich, fue profesor de filosofía de la Universidad de Moscú y el primer rector electo democráticamente. En 1915 Nicolai obtuvo la cátedra de lingüística en la Universidad de Moscú pero por sus contradicciones con la ideología de los bolcheviques emigró en 1920. Dos años después fue invitado a trabajar en la Universidad de Viena. Trubetskoy, especialista en idiomas eslavos, ugrofinios, turcos y caucásicos, fue fundador (junto con Roman Jakobson) de la lingüística estructural que se desarrolló en el Círculo de Praga. Además de ser un lingüista destacado fue etnógrafo y filósofo: su libro *Europa y humanidad*, escrito en 1920, desempeñó un papel decisivo en el surgimiento de la corriente euroasiática. Durante los años veinte desarrolló sus ideas en una serie de artículos: “Nacionalismo auténtico y falso” (1921), “El problema ruso” (1922), “El elemento turanio en la cultura rusa” (1925), “Nosotros y los otros” (1925), “El nacionalismo omnieuroasiático”(1927). Aquí ofrecemos una selección de estos ensayos basada en el libro: *Rusia entre Europa y Asia: la tentación euroasiática*, Ciencia, Moscú, 1993.

la cúspide del mundo. A raíz del entendimiento de su propia naturaleza mediante el autoconocimiento profundo, el hombre o los pueblos se concientizan de la igualdad de todos y, consecuentemente, se afirman en su identidad y aspiran a ser sí mismo...

“Conócete a ti mismo” y “se tú mismo” son dos planos de la misma tesis. En el aspecto externo, el autoconocimiento auténtico se expresa en el individuo en una vida propia y armónica, y en un pueblo se manifiesta en una cultura original. El pueblo se conoce a sí mismo cuando la esencia espiritual y el carácter individual encuentran su expresión profunda en la cultura nacional, a condición de que ésta sea armónica y sus partes no se contradigan. La creación de tal cultura es tarea de todo pueblo así como objetivo de cada hombre, perteneciente a esa comunidad; es la obtención de un modo de vida en que se plasma su esencia original espiritual.

En la cultura nacional cada pueblo tiene que revelar su individualidad de tal manera que todos los elementos armonicen y se tiñan en un tono común. La diferencia entre las culturas nacionales debe ser tanto más fuerte cuanto más se distinga la psicología de sus portadores, esto es, las particularidades de cada pueblo.

En los pueblos que tienen un carácter nacional semejante, las culturas también son afines. Pero una cultura omnihumana, igual para todos los pueblos, es imposible. En una situación de variedad abigarrada de caracteres nacionales y tipos psíquicos una “cultura omnihumana” se reduciría, o bien a la satisfacción de puras necesidades materiales, ignorando totalmente las espirituales, o a la imposición de formas de vida para todos los pueblos desprendidas del carácter de su representante etnográfico concreto.

Así que la aspiración a una cultura omnihumana debe ser rechazada. Contrariamente, el anhelo de que cada pueblo cree su propia cultura tiene plena justificación. Cualquier cosmopolitismo o internacionalismo cultural merece una tajante reprobación. Por otra parte, no todo el nacionalismo es justificable lógicamente y moralmente, hay nacionalismos falsos y verdaderos. Sólo el nacionalismo verdadero es el principio auténtico de la conducta de un pueblo, pero frecuentemente se observa un

tipo de nacionalistas para quienes la originalidad de la cultura nacional no tiene importancia y aspiran sólo a que sus pueblos reciban, a todo costa, la independencia estatal y el reconocimiento de los “grandes pueblos” o las potencias “mundiales” para convertirse en un miembro más de la “familia de los pueblos estatales”. Aspiran a ser semejantes a los “grandes” en todos los aspectos de la vida cotidiana. Este tipo de nacionalistas se encuentra en diferentes lugares, pero más frecuentemente entre “pequeños” pueblos que no son romanogermánicos y a menudo adquieren formas mutiladas y caricaturescas. En este tipo de nacionalismo, el autoconocimiento no tiene casi ningún papel, ya que sus adeptos se niegan a “sí mismos”, más bien aspiran a ser “como los otros”, “como adultos” o “como señores”, sin ser, en esencia, ni adultos ni señores.

Cuando por condiciones históricas un pueblo cae bajo la influencia política o el dominio económico de otro, ajeno por completo a su espíritu, y no puede desarrollar su cultura propia sin la liberación política y económica, la aspiración a la emancipación y a la independencia estatal tiene fundamento y está lógica y moralmente justificada. Sin embargo, hay que recordar que tal aspiración sólo es válida en el caso en que se manifieste a nombre de la cultura original nacional, puesto que la independencia estatal como fin en sí no tiene sentido. Pero para los nacionalistas de este tipo, la independencia estatal y la aspiración de convertirse en una gran potencia llegan a ser el fin en sí mismas. Más todavía, a nombre de este fin están dispuestos a sacrificar la originalidad nacional. Para ser parecidos a los “verdaderos europeos” tratan de imponer a su pueblo no sólo las instituciones del Estado romanogermánico y las formas de derecho y economía, sino también la ideología, el arte y la artesanía, aspectos que son totalmente ajenos a su espíritu nacional.

La europeización (aspiración a copiar las pautas romanogermánicas en todas las esferas de la vida) conduce a fin de cuentas a la pérdida total de la originalidad nacional y en los pueblos dirigidos por estos nacionalistas no queda nada auténtico, salvo su “idioma materno”; pero éste, al convertirse en idioma estatal y al adaptarse a nuevas y ajenas formas, se mutila y absorbe en sí gran cantidad de romanogermanismos

y torpes neologismos. Como consecuencia de ello, los idiomas "oficiales" de muchos "pequeños" estados que tomaron el camino del nacionalismo de este tipo, resultan poco comprensibles para las masas que aún no se desnacionalizaron ni se despersonalizaron al grado de "democracia *sui generis*".

Está claro que este tipo de nacionalismo no puede considerarse auténtico. En su base no está el autoconocimiento, sino vanidad mezquina que es su antípoda. El término de "autodeterminación nacional" manejado por los representantes de este tipo de nacionalismo, sobre todo cuando pertenecen a "pequeños pueblos", sólo puede inducir a error. En realidad, en esta posición no hay nada "nacional", ni de "autodeterminación" y por eso no es sorprendente que este tipo de "independencia" frecuentemente se una al socialismo que incluye elementos de cosmopolitismo e internacionalismo.

Otro tipo de nacionalismo falso se revela en el chovinismo militante al que le es propia la aspiración a extrapolar el lenguaje y la cultura de su pueblo a una mayoría de extranjeros, exterminando así cualquier originalidad nacional. La falsedad de este tipo de nacionalismo es clara, pues la originalidad de cualquier cultura es válida en la medida en que armoniza con la constitución psicológica de sus creadores y portadores. Tan pronto como una cultura es transmitida al pueblo que posee otra constitución psicológica, el sentido de su originalidad se pierde y cambia toda su perspectiva. El desdén a esta relación de cualquier forma de cultura con un sujeto étnico determinado es el principal error del chovinismo agresivo. Este chovinismo está basado en la autoexaltación egocéntrica que niega la igualdad de los pueblos y de sus culturas y no es capaz de servir para el autoconocimiento nacional auténtico y, por consiguiente, es contrario al nacionalismo verdadero.

A cada forma peculiar del nacionalismo falso le corresponde un tipo de conservadurismo cultural rígido que identifica, erróneamente, la originalidad nacional con algunos valores y costumbres culturales creadas en el pasado y no admite cambios incluso cuando esos elementos dejaron de representar la psicología nacional. Tanto en este caso, como en el del chovinismo agresivo, se ignora el vínculo vivo entre la cultura y la psicología de sus portadores, y a la cultura le adscriben

cierta significación absoluta independiente de su relación con el pueblo: “no es la cultura para el pueblo, sino el pueblo para la cultura”. De esta manera, se elimina el sentido moral y lógico de la originalidad como término correlativo del autoconocimiento ininterrumpido. No es difícil cerciorarse de que los tipos mencionados del falso nacionalismo conducen a consecuencias prácticas perniciosas para la cultura nacional: el primero lleva a la despersonalización nacional y a la denacionalización de la cultura; el segundo, a la pérdida de la pureza nacional de los portadores de una cultura dada; y el tercero, al estancamiento, el precursor de la muerte...

A la luz de estos razonamientos consideraremos aquellos tipos de nacionalismo que existieron hasta ahora en Rusia y nos veremos obligados a reconocer que después de Pedro no ha habido un nacionalismo verdadero. La mayoría de los rusos educados no querían ser “sí mismos”, sino que anhelaban transformarse en “auténticos europeos”. Ya que Rusia, a pesar de su aspiración, no pudo convertirse en un Estado europeo muchos de nosotros desdeñamos a nuestra patria atrasada. Por esta razón, la mayor parte de la *intelligentsia* rusa se ha apartado de cualquier tipo de nacionalismo. Algunos rusos se denominaron nacionalistas, pero en realidad entendían como nacionalismo la aspiración a convertirse en gran potencia, con poderío militar, fuerza económica; valoraban la posición activa de Rusia en asuntos internacionales y para realizar sus planes, consideraron necesario acercar la cultura rusa a los modelos de Europa occidental.

Esta actitud servil por parte de algunos “nacionalistas” rusos fue la base para la exigencia de la “rusificación”, la que se redujo a estimular el paso de otras religiones a la ortodoxia; introducir forzosamente el idioma ruso, y cambiar los nombres geográficos extranjeros por los rusos. Todo eso se efectuó con la finalidad de mantener buenas relaciones con los alemanes, ya que ellos son un “pueblo cultural”. Esta aspiración al nacionalismo, como en el caso de los alemanes, a veces adquirió formas sistemáticas y profundas. Ya que la soberbia nacionalista de los alemanes se fundó en los méritos de la raza germánica y en la creación de la cultura, nuestros nacionalistas también se referían a la cultura original rusa del siglo XIX,

exagerando la significación de cualquiera creación que imitaba el modelo europeo, misma que anunciaban como "aportación valiosa del genio ruso al tesoro de la civilización mundial". Paralelo al surgimiento del pangermanismo se creó el "paneslavismo" y le adscribieron a Rusia la misión de reunir a todos los pueblos eslavos que "van por el camino del progreso mundial" (o sea, sustituyan su originalidad por las pautas romanogermánicas) para que el eslavismo (como concepto lingüístico) pudiera ocupar un "lugar apropiado" o "principal" en la "familia de los pueblos civilizados". Esta corriente de eslavófilos occidentales se puso de moda en los últimos tiempos, incluso en aquellos círculos donde antes la palabra "nacionalismo" se consideraba indecente.

Debemos derrocar los ídolos de aquellos ideales sociales y prejuicios espirituales que fueron asimilados de Europa y han dirigido el pensar de nuestra *intelligentsia*. Al liberar nuestra concepción del mundo de los anteojos occidentales, debemos sacar los ingredientes necesarios para crear una nueva cultura dentro de nosotros, utilizando el tesoro de nuestros elementos nacionales. En este espíritu debemos educar a las nuevas generaciones.

Las tribus eslavas orientales ocupaban sólo un pedazo insignificante del gran territorio que abarca Rusia contemporánea. Los eslavos poblaron inicialmente sólo una parte pequeña del occidente de estas tierras: las cuencas de los ríos que vinculan el mar Báltico con el Negro. El resto del territorio de Rusia contemporánea fue poblado en su mayoría por diversas tribus conocidas como "turianos" o "uralaltaicos". En la historia de esta región los turianos desempeñaron, inicialmente, un papel más importante que las tribus eslavas orientales, es decir, los rusos. Hasta en el llamado periodo premongólico los estados turianos que vivían en los límites de la Rusia europea (el reino de los búlgaros de Volga y Káma y el de los jazaros) fueron más grandes que el Estado de los rusos-varegos. La unión de la mayoría del territorio bajo el poder de un Estado fue realizado no por los eslavos rusos sino por los mongoles-turianos. La expansión de los rusos hacia el Oriente estuvo vinculado con la rusificación de las tribus turanias y la convivencia con ellas pasa como un hilo rojo a través de toda la

historia rusa. Si el enlace del eslavismo oriental con el turanismo es un hecho básico en la historia rusa y si es difícil encontrar un ruso en cuyas venas no corra sangre turania y si esta misma sangre corre en las venas de los ucranios, es evidente que para el autoconocimiento nacional auténtico a los rusos nos es necesario estudiar a nuestros hermanos turanios. Hasta ahora nos hemos preocupado poco sobre esto: nos hemos inclinado siempre a resaltar nuestro origen eslavo y a ignorar la presencia del elemento turanio; pareciera que nos avergonzamos de ello. Hay que acabar con esta superstición que, como cualquier idea preconcebida, impide nuestro autoconocimiento.

Un representante típico de la psíquica turania (en el estado normal) se caracteriza por su tranquilidad y la claridad de su alma. No sólo su pensamiento sino toda su percepción de la realidad entra a esquemas simples y simétricos, por así decirlo, en un "sistema filosófico inconsciente". En los esquemas subconscientes entra también su conducta cotidiana. El sistema como tal, no es consciente, ya que está en el subconsciente y forma la base de la vida anímica, por lo que no existe discordia entre pensamiento y realidad externa, dogma y vida cotidiana. Las percepciones externas, los pensamientos, la conducta y la vida se fusionan formando un conjunto inseparable y monolítico. De aquí se desprende la claridad, serenidad y satisfacción de sí mismos lo cual forma un equilibrio estable que junto con una actividad psíquica lenta pudiera conducir al estancamiento. Pero esto no ocurre necesariamente ya que los mismos rasgos pueden ser unidos con una intensa actividad psíquica. La estabilidad e integridad del sistema no excluyen la creatividad, aunque ésta es regulada por los mismos principios subconscientes y entra naturalmente en el mismo sistema de concepción del mundo sin violar su integridad y armonía.

Los aspectos positivos de la psicología turania indudablemente desempeñaron un papel favorable en la historia rusa. Este aspecto normal de la psíquica turania puede observarse en la Rusia moscovita antes de Pedro; en esa época la confesión de la fe y la conducta cotidiana constituían un conjunto íntegro, en el que la ideología estatal, la cultura material, el arte y la religión eran partes inseparables de un sistema no

formulado teóricamente, aunque arraigado en el subconsciente de cada ciudadano y que determinaba la vida cotidiana del pueblo nacional. Todo eso, sin duda, llevaba en sí el sello de la psicología turania, y precisamente esto fue la base que le dio estabilidad y fuerza a la Rusia vieja.

Si algunos observadores extranjeros superficiales sólo observaron en la Rusia antigua el servilismo del pueblo ante los agentes del poder y a éstos ante el zar, entonces esta observación fue errónea. La obediencia absoluta fue la base del sistema estatal turanio, y su lógica (igual que todo pensamiento turanio) se extendía al mismo gobernante supremo cuya conducta también estaba supeditada incondicionalmente a algún principio superior el que a la vez era la base de la vida de cada súbdito. En Rusia antigua este principio superior se encarnó en la fe ortodoxa comprendida como unión orgánica de dogmas y ritos religiosos, con la cultura ortodoxa expresada por un régimen estatal jerárquico. Este principio supremo, válido tanto para un súbdito como para el zar, y no el de la esclavitud, unió a Rusia en un todo común y la dirigió durante mucho tiempo. La fe ortodoxa en la mentalidad de aquel periodo surgió como marco referencial en el cual se incluía todo: vida privada, régimen estatal y la concepción del Universo. El que este marco no fuera objeto de pensamiento teórico consciente sino la base subconsciente de la vida anímica señala cierta analogía con la psicología turania.

Aunque la fe ortodoxa fue adoptada de Bizancio y no de los turanios, y la fe cristiana se contraponía en la conciencia nacional rusa al yugo de los tártaros, la actitud de los rusos ante la primera y el papel que desempeñó ésta en sus vidas estuvieron, en cierto grado, basados en la psicología turania. Precisamente en virtud de dicha psicología, el ruso antiguo no supo separar la fe de la vida cotidiana y en lo referente a religión, destacar los elementos esenciales de los secundarios, por lo que en comparación con el griego no tuvo una preparación teológica desarrollada. Estas diferencias entre la actitud rusa y la griega se revelaron en la época de escisión que fue consecuencia de que en el carácter nacional ruso estuvieran arraigados elementos turanios totalmente ajenos a la etnopsicología bizantina.

El Estado moscovita surgió a partir del yugo tártaro. Los zares empezaron a conquistar las tierras occidentales de la gran monarquía mongola sin haber unido las propias tierras rusas. Moscú se convirtió en un Estado poderoso sólo después de la conquista de Kazán, Astracán y Siberia. El zar ruso fue el heredero del kan mongol. “El derrocamiento del yugo tártaro” significó la sustitución del kan por el zar y la transferencia del centro del poder a Moscú. Es muy significativo que un gran porcentaje de altos funcionarios y militares estuviera compuesto por representantes de la nobleza tártara. El sistema estatal ruso en ciertos aspectos proviene del tártaro.

El milagro de esa transformación se realizó en virtud del entusiasmo religioso que se apoderó de los rusos en la época del yugo tártaro. Este ardor religioso ayudó a la Rusia antigua a ennoblecer el sistema estatal tártaro atribuyéndole un nuevo carácter ético-religioso y apropiándose. Se dio cierta rusificación y cristianización de las costumbres tártaras y el zar de Moscú se convirtió en un símbolo de una nueva forma de Estado; obtuvo tal prestigio ético-religioso que los demás kanes del imperio mongólico le cedieron su puesto. La conversión de la nobleza tártara a la fe ortodoxa y su paso al servicio del zar de Moscú fueron la expresión externa de esta fuerza moral.

Pero si en la Rusia moscovita el sistema estatal turanio tuvo una consagración religiosa e ideológicamente se mezcló con las tradiciones bizantinas, surge la pregunta: ¿no sucedió simultáneamente el proceso inverso?; es decir, ¿no hubo una cierta “turanización” de la tradición bizantina y una penetración de los rasgos turanios en la ortodoxia rusa? La Rusia moscovita, a pesar del ardor religioso que determinó su surgimiento, no dio ningún gran teólogo ortodoxo, al igual que los turcos no dieron ningún destacado teólogo musulmán, aunque siempre fueron más piadosos que los árabes. Esto manifiesta los rasgos comunes de la psicología religiosa: aquí y allá el dogma de la fe se considera como algo dado, como un trasfondo en la vida anímica y cotidiana y no como objeto de especulación filosófica; aquí y allá el pensamiento religioso se distingue por su inflexibilidad, falta de abstracción y aspiración a lo concreto, a vivencias religiosas y a formas externas de la

vida y la cultura. En lugar de un sistema teológico bien pensado, fino y detallado, en Rusia antigua se divulgó un sistema "filosófico inconsciente" bastante armónico, aunque irreflexivo, que encontró su expresión no en los tratados teológicos, sino en toda la estructura de la vida basada en él. De esta manera la religiosidad rusa se distingue de la griega a pesar de la identidad dogmática común y se acerca más a la religiosidad turania, aunque con ésta no tuvo ninguna semejanza dogmática.

Para cualquiera nación el yugo foráneo no es sólo una escuela, es también una desdicha. Al entrar en contacto con los conquistadores extranjeros la nación asimila algunos rasgos de su psicología y algunos elementos de su ideología y cultura. Si el pueblo conquistado logra reelaborar y asimilar orgánicamente los elementos adoptados y liberarse del yugo, entonces, según las condiciones de la nación que obtuvo su independencia se puede evaluar lo benéfico o nocivo de este yugo.

El dominio de los mongoles duró más de dos siglos. Rusia fue conquistada cuando era un conglomerado de principados independientes y fraccionados, carentes de cualquiera solidaridad nacional o sistema estatal. Llegaron los tártaros que empezaron a oprimir, pero a la vez a enseñar, y después de doscientos años Rusia se liberó como un Estado ortodoxo, quizá "torpe, pero fuerte", unido por una disciplina interna espiritual y por la fuerza de la profesión de su fe que se divulgó en virtud de su expansión. Tal fue el resultado del yugo tártaro, fruto por el cual se puede juzgar su carácter benéfico o nocivo para la suerte del pueblo ruso.

Después de más doscientos años surgió Pedro el Grande quien "abrió las ventanas a Europa", a través de las cuales soplaron las ideas de Occidente y, así empezó la europeización de la clase gobernante y el reclutamiento de extranjeros. "El sistema filosófico inconsciente" que en la Rusia moscovita unía en un todo armónico religión, cultura, régimen estatal y vida cotidiana y sobre el cual se basaba toda la vida rusa, empezó a socavarse y destruirse; como consecuencia, el fundamento del sistema estatal se convirtió en fuerza pura de coacción. Aunque el servicio militar y la servidumbre existieron antes de Pedro, sólo en la época de europeización Rusia se transformó en un país militarizado y de esclavos campesinos. A todo esto

se le agregó en ocasiones una persecución encarnizada de lo verdaderamente ruso, la calificación oficial de la cultura rusa como bárbara y el dominio espiritual de las ideas europeas. Entonces no sería exagerado decir que este periodo de la historia rusa es el del yugo europeo o romanogermánico.

Ahora Rusia se liberó de la tiranía, ya no como Rusia sino como la URSS. El bolchevismo es el resultado del dominio durante dos siglos de los romanogermánicos, así como el Estado moscovita fue el fruto del yugo tártaro. El bolchevismo muestra lo que Rusia aprendió de Europa, de qué manera entendió sus ideales y cómo fueron éstos cuando se pusieron en la práctica. La calidad del resultado determina el carácter benévolo o nocivo del yugo romanogermánico. Cuando uno compara los certificados de la escuela tártara y de la romanogermánica involuntariamente llega a la conclusión de que la tártara no fue tan mala.

Los aficionados a la "exactitud" tratan de caracterizar el euroasiatismo como un "bolchevismo ortodoxo" o el fruto de una relación ilegítima entre eslavófilos y bolcheviques. Aunque para todos debe estar claro lo absurdo de esta contradicción (el "bolchevismo ortodoxo" es como "negrura blanca"), la semejanza y divergencia entre bolcheviques y euroasiáticos merecen un atento análisis: son afines en cuanto a su rechazo a cualquier otra forma política y a toda cultura existente en Rusia antes de la revolución, tendencia que persiste en los países de Occidente. Ambos exigen su transformación; coinciden también en la demanda de liberar a los pueblos de Asia y África oprimidos por las potencias coloniales. Pero estas semejanzas son superficiales y formales, sus móviles internos son diametralmente opuestos: para los bolcheviques la cultura que debe rechazar es la denominada "burguesa" y para los euroasiáticos la "romanogermánica"; la cultura que deberá sustituirlas para los bolcheviques es la "proletaria" y para los euroasiáticos la "nacional" (en cuanto a Rusia es la euroasiática). Los bolcheviques parten de la idea marxista de que la cultura es creada por una cierta clase, contrariamente los euroasiáticos la consideran como el resultado de las actividades étnicas, o de grupos nacionales. Para los euroasiáticos la noción de cultura "proletaria" y "burguesa" como la usan los bolcheviques es totalmente ficticia.

En cualquier nación socialmente diferenciada la cultura de la élite se distingue de la de las masas. En un organismo nacional normal y sano estas diferencias son cuantitativas. Si a la élite se le denomina “burguesía” y a las masas “proletariado”, entonces la sustitución de la cultura burguesa por la proletaria conduce a disminuir el nivel de la cultura, a simplificarla y a fin de cuentas, a un salvajismo que no puede representarse como un ideal. En las naciones enfermas, contagiadas por el malestar de la europeización, la cultura de la élite se distingue de la de las masas no sólo cuantitativa (por el grado) sino cualitativamente; es decir, las masas continúan usando los despojos de la cultura que alguna vez fue el fundamento de la cultura nacional autóctona y la élite usa los peldaños superiores de la cultura foránea romanogermánica.

En el espacio entre las masas y la élite se sitúa una capa social que no tiene ninguna cultura, que se apartó de las masas y no se adhirió a la élite por la heterogeneidad cualitativa de ambas culturas de una nación. Para estas naciones (a las cuales la Rusia prerrevolucionaria también perteneció) es lícito hablar de la sustitución de la cultura de la élite por la de las masas, aun en sentido metafórico. En realidad se debe pensar en que la élite haga una nueva cultura y que entre ésta y la de las masas no haya diferencias cualitativas sino cuantitativas, y no en la transformación de la cultura de la élite en la de las masas. Sólo en estas condiciones se superará la incultura de los estratos medios y el organismo nacional será íntegro, sano y capaz de desarrollarse tanto abajo como arriba. Precisamente esto lo predicaban los euroasiáticos. No se trata del cambio de la naturaleza clasista de la cultura sino de la transformación de su esencia étnica.

Los bolcheviques, dirigidos por los esquemas marxistas en cuanto a los problemas de la cultura, no son capaces de alcanzar su objetivo: crear una nueva cultura. Su “cultura proletaria” se expresa en una vulgarización o en una parodia de la llamada cultura burguesa. Es así como todo se reduce a la simple destrucción sin propuestas creativas. Una cultura nueva no se crea de la nada, lo que es una prueba contundente de la falsedad de las mismas premisas del bolchevismo y de la imposibilidad de cumplir la exigencia de “proletarizar la cultu-

ra". El concepto de "cultura proletaria" no tiene sentido, la noción de proletariado es puramente económica y carece de atributos concretos de cultura. Otra cosa es la idea de cultura nacional, de la que cualquier nación puede ser portadora y creadora, real o potencialmente. Por tal razón una nueva cultura puede ser creada sólo en el marco de una nación concreta que aún no ha tenido su propia cultura o se ha encontrado bajo el dominio de alguna extranjera. Y esta nueva cultura puede ser contrapuesta sólo a la de otra u otras naciones.

Si la tarea común del bolchevismo y euroasiatismo es la negación de la cultura vieja y la creación de una nueva, el bolchevismo puede cumplir sólo la primera parte y no es capaz de llevar a cabo la segunda. La destrucción sin la creación simultánea no puede conducir a buenos resultados. El destructor que tiene una idea confusa sobre lo que es necesario construir en el lugar de lo destruido, inevitablemente destruirá lo que convendría a preservar. Además, el tiempo de destrucción es más corto que el de construcción y no siempre detrás de la destrucción sigue una creación auténtica, por lo que la nación se encuentra durante un largo periodo en un estado de incultura que, inevitablemente, trae consecuencias negativas. Por eso, a pesar de que el trabajo destructivo de los bolcheviques frecuentemente se dirige contra aquellos aspectos de la cultura europea implantados en Rusia que también los euroasiáticos consideran necesario erradicar, estos últimos no pueden aprobar dicha destrucción. En lo que se refiere a los intentos bolcheviques para crear una nueva cultura, éstos les provocan a los euroasiáticos aversión ya que están imbuidos por el utopismo marxista y se dirigen a trasplantar los elementos de la civilización romanogermánica al suelo ruso, y frecuentemente tienen rasgos degenerativos y decadentes... Los bolcheviques juegan con el amor propio y los sentimientos nacionalistas, los consideran sólo como un instrumento que en Asia desata revoluciones, pero invocan, no tanto a eliminar el dominio de las potencias "civilizadas", sino a la implantación del régimen comunista con su cultura "proletaria". Éste, en esencia, tiene un carácter antinacional y está construido con los mismos elementos de la civilización europea sólo que llevados hasta la caricatura. Bajo la máscara de la exaltación del

nacionalismo asiático el bolchevismo esconde un expansionismo cultural más radical que el de los imperialistas romano-germánicos. Los bolcheviques quieren conducir a Rusia y a los países de Asia, no a la creación de verdaderas culturas nacionales vinculadas con su pasado histórico, sino a la uniformidad y a la destrucción de los fundamentos nacionales.

Antes de la revolución, Rusia fue un país en el que el pueblo era el dueño oficial de todo el territorio estatal, tanto de las regiones verdaderamente rusas y las pobladas por alienígenas (estos últimos se consideraban secundarios). Después de la revolución la situación cambió. En el proceso anárquico destructivo acontecido durante la revolución, a Rusia le hubiera amenazado la descomposición total si el pueblo ruso no hubiera sacrificado su posición de dueño único del Estado. En virtud de la lógica inexorable de la historia, la relación entre el pueblo ruso y los alienígenas fue trastornada: los pueblos no rusos del ex Imperio obtuvieron una posición que no habían tenido antes. El pueblo ruso cesó de ser dominante, convirtiéndose en otro más del territorio estatal. Es verdad que el pueblo ruso supera a los otros en número y en tradiciones estatales y, por consiguiente, ocupa y debe ocupar un papel primordial entre los demás pueblos, pero ya no es el dueño de casa, sino el primero entre iguales... Los pueblos no rusos de la URSS ya no podrán perder los derechos que les fueron otorgados. El tiempo los fortalecerá. En el futuro, cualquier tentativa de quitar o por lo menos menoscabar estos derechos provocaría una resistencia encarnizada. Si el pueblo ruso, intentara privar o menoscabar los derechos de los otros pueblos del territorio estatal se condenaría a una larga y penosa lucha con todos ellos. No hay duda de que esta batalla sería conveniente para los enemigos de Rusia. En su lucha contra las pretensiones de la hegemonía rusa, los pueblos independientes del ex Imperio ruso o de la URSS de hoy encontrarían apoyo y aliados entre las potencias extranjeras. Desde el punto de vista moral, y por la carencia que de ésta tendría, la posible pretensión del pueblo ruso de menoscabar las prerrogativas nacionales de los otros pueblos del territorio estatal sería muy desfavorable y casi indefendible, e incluso resultaría impopular entre el mismo pueblo ruso. Aún si suponemos cualquier otro resulta-

do, el mismo hecho significaría la pérdida del olfato estatal del pueblo ruso, lo que correspondería con los intereses chovinistas y, por consiguiente, con la descomposición del Estado.

El cambio del papel de pueblo ruso en el Estado plantea una serie de problemas para la autoconciencia nacional: antes el nacionalista más extremo fue patriota. Ahora el territorio en el que vive el pueblo ruso no es de su propiedad exclusiva, por lo que el nacionalismo extremo provoca un desequilibrio de las partes integrantes del Estado y, por consiguiente, conduce a la destrucción de la unidad estatal. El aumento del amor propio ruso puede levantar en su contra a todos los demás pueblos y aislar a los rusos de las otras nacionalidades. Si antes este sentimiento fue un factor de apoyo para el Estado, ahora este mismo, al rebasar cierto límite, puede convertirse en un factor antiestatal que destruiría su unidad; es decir, el nacionalismo extremo de los rusos puede conducir al separatismo.

Si antes el factor principal que unió al Imperio ruso en un todo fue la pertenencia del territorio estatal a un dueño —pueblo ruso encabezado por el zar—, ahora este factor está destruido. Surge la interrogante: ¿qué otro factor pudiera unir a todas las partes del país en un todo estatal? A título de este factor común, la revolución planteó la realización de un ideal social. La URSS no es simplemente un grupo de repúblicas, sino un conjunto de repúblicas socialistas que aspiran a llevar a cabo un mismo ideal del régimen social; justamente esta igualdad de ideales une a todas las repúblicas en un Estado. Esta comunidad de ideales sociales y por consiguiente la dirección en que se realiza la voluntad estatal de las partes nacionales de la URSS, indudablemente es un factor poderoso de unidad. No obstante, si en el transcurso del tiempo el carácter de este ideal cambiara, la presencia del ideal común y la aspiración a realizarlo debe estar en el fundamento del Estado de aquellos pueblos y regiones que están unidos ahora en la URSS. Pero ¿es suficiente este factor para la unión de diferentes pueblos en un Estado? De que las repúblicas uzbeka y bielorusa en su política interna se dirigen por la aspiración de conseguir el mismo ideal social, no se deduce que ambas deben unirse obligatoriamente en un mismo Estado. Más que eso, de este objetivo común no se desprende que estas repúblicas no puedan tener

enemistades e incluso conflictos militares. Es claro que la comunidad de ideales sociales no es suficiente; a las tendencias separatistas y nacionalistas les debe ser contrapuesto algo más.

En la URSS contemporánea se utiliza el odio de clase y la solidaridad del proletariado como antídoto contra el nacionalismo y el separatismo. En cada pueblo que integran la URSS, sólo los proletarios se reconocen como los ciudadanos que gozan de todos los derechos, y en esencia la misma URSS está integrada no tanto de los pueblos como de los proletarios de estos pueblos. Al asumir el poder y realizar su dictadura, el proletariado de los diferentes pueblos de la URSS experimenta al mismo tiempo la amenaza de sus enemigos tanto internos (ya que el socialismo todavía está en una fase "transitoria" y se ve obligado a admitir a los capitalistas y burgueses en la URSS) como externos (el resto del mundo que se encuentra en poder del capitalismo e imperialismo internacional).

Los proletarios de todos los pueblos de la URSS debían unirse en un Estado para defender el poder conquistado, este argumento que le dio sentido a su existencia, es el mismo que utilizó el gobierno soviético para poder luchar contra el separatismo: los separatistas quisieran destruir la unión estatal, pero ésta le es necesaria al proletariado para defender su poder conquistado; por consiguiente, los separatistas aparecen como enemigos de la clase obrera. Por esta razón el gobierno de la URSS lucha contra el nacionalismo, ya que éste puede ser interpretado como separatismo escondido. Además, según la doctrina marxista, el proletariado no tiene instintos nacionalistas, estos son atributos de la burguesía y fruto del régimen capitalista. La lucha contra el nacionalismo se lleva a cabo porque la atención popular se traslada de la esfera de las emociones nacionales a la de las sociales. La conciencia de unidad nacional, premisa de cualquier nacionalismo, resultó socavada por la pugna clasista y la mayoría de las tradiciones nacionales fueron denigradas por su vínculo con el régimen burgués, con la cultura aristocrática o con las "supersticiones religiosas". Además, las ambiciones de cada pueblo (etnia) fueron aceptadas hasta cierto grado: está reconocido el idioma nativo en los límites de cada territorio; los cargos administrativos son ocupados por funcionarios del ambiente nacional y con frecuencia a la misma

región oficialmente se le denomina con el nombre del pueblo que lo habita. Así que se puede decir, que el factor que vincula a todas las partes de la URSS contemporánea es la presencia de un dueño oficialmente reconocido por todo el territorio estatal: pero si antes que el pueblo ruso estaba encabezado por el zar, ahora se considera que el proletariado de todos los pueblos de la URSS está dirigido por el partido comunista.

Consideramos aquí la idea de la dictadura del proletariado sólo como un factor que une a todos los pueblos de la URSS en un Estado y se contrapone con las tendencias nacionalistas y separatistas. Hay que reconocer que este principio, aunque sigue siendo vigente, no puede ser un fundamento duradero. El nacionalismo de los diferentes pueblos de la URSS se desarrolla en la medida en que se adaptan a la nueva situación, mientras que el crecimiento de la educación y la cultura se sustenta en los idiomas de origen; el que los nativos ocupen los cargos administrativos profundiza la diferencia nacional entre las regiones y crea entre los intelectuales de los diferentes pueblos celos ante la competencia de los "elementos foráneos" y al mismo tiempo, el deseo de fortalecer su posición. A la vez, se borran las diferencias de clases y disminuyen sus contradicciones. Todo eso crea condiciones favorables para el desarrollo de un tipo de nacionalismo impregnado por las tendencias separatistas. La idea de la dictadura del proletariado aquí resulta impotente. El proletario que asumió al poder, a veces posee instintos nacionalistas muy fuertes, mientras que, según la doctrina comunista, el proletario verdadero no debe tenerlos.

Para que el nacionalismo de alguna etnia no degeneren en separatismo, es necesario que se combine con el de alguna unidad étnica más amplia de la cual forme parte. La aplicación de esta tesis a Eurasia significa que el nacionalismo de cada pueblo de la URSS contemporánea debe combinarse con el euroasiático. Cada ciudadano del Estado euroasiático tiene que considerar que pertenece no sólo a un pueblo determinado (o a un grupo de pueblo) sino que este pueblo, a su vez, pertenece a la nación euroasiática.

Para cada etnia es necesario que la conciencia de su pertenencia a la hermandad euroasiática de los pueblos sea más fuerte que su vínculo con otro grupo de pueblos. Un pueblo de Eu-

rasia podría identificarse por algunos de sus rasgos con otros pueblos: por ejemplo, los rusos por su idioma entran en el grupo de los eslavos; los tártaros, chuvaches, cheremisos y otros forman parte de los pueblos "turamos"; los tártaros, bashkirios, sartos y otros, según el criterio religioso, integran el grupo de los musulmanes. Pero estos lazos deben ser menos fuertes que los que unen a estos pueblos en la familia euroasiática.

El primer plano lo debe ocupar el euroasiatismo y no el paneslavismo (para los rusos) ni el panturanismo (para los turamos euroasiáticos) ni el panislamismo (para los musulmanes euroasiáticos). Todos estos "pan-ismos" aumentan las fuerzas centrífugas de los nacionalismos particulares y acentúan un vínculo unilateral de un determinado pueblo con los otros y no son capaces de crear una nación real viva y multiétnica.

En la hermandad euroasiática los pueblos están vinculados por su suerte histórica y no por algún rasgo unilateral. Eurasia es un todo geográfico, económico e histórico. El destino de estos pueblos euroasiáticos se entrelazó entre sí en una enorme madeja que ya no se puede enredar sin violar la unidad; el intento conduciría a grandes sufrimientos.

Para que el nacionalismo euroasiático pudiera cumplir un papel unificador sería necesario fortalecer la autoconciencia nacional de estos pueblos que la propia experiencia aporta. El mismo hecho de que todos los pueblos euroasiáticos viven y sobreviven al régimen comunista les crea miles de lazos psicológicos culturales e históricos y les hace tomar clara conciencia de la comunidad de sus suertes.

En todo el trabajo de elaboración de una autoconciencia nacional con acento en la unidad sinfónica (de coro) de una nación multiétnica, al pueblo ruso como a ningún otro de Euroasia, le es necesario tensar sus fuerzas: en primer lugar, porque tiene que luchar contra las antiguas actitudes de autoconciencia nacional que ignoran el contexto del mundo euroasiático y separan su pasado de esa perspectiva, y en segundo lugar, el pueblo ruso antes de la revolución fue el único dueño de todo el territorio Rusia-Eurasia, y ahora es el primero (en cuanto a número y significación) entre los otros y por lo tanto debe darles ejemplo.